

Presencia cristiana en el mundo

José Ignacio Rey, S.J.

Servicio profano

Si algo ha dejado claro el Concilio Vaticano II es que la Iglesia y los cristianos estamos al servicio de la humanidad. En un esfuerzo de mayor fidelidad al Evangelio, queremos ser y presentarnos al mundo como la Iglesia de los Pobres, como la agrupación de quienes profesan un ideal de servicio prolongando en la historia la misión de quien "vino a servir y no a ser servido". La Iglesia no tiene ya una actitud reivindicatoria de sus propios derechos. Únicamente quiere permanecer celosa de su derecho a servir.

Un segundo punto aparece claro. Este servicio no es extrínseco, como el de quien alarga la mano desde fuera. La Iglesia coexiste con el mundo y le sirve desde dentro. Somos consecuentes en ello con uno de los Misterios centrales de nuestra fe, el de la Encarnación, ya que "el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros". El cristiano no puede ser un purista preocupado de contaminaciones. Ni somos tan ilusos como para ignorar la realidad del pecado, ni tan pesimistas como para minusvalorar las enormes posibilidades cristianas del hombre ya redimido. Nuestra fe nos lleva espontáneamente a comprometernos y a solidarizarnos plenamente con el mundo de los hombres.

La consigna de Cristo a los cristianos "no sois del mundo, pero estáis en el mundo" ha sido frecuentemente mal interpretada por algunos cristianos y de esa torcida interpretación se han seguido históricamente males gravísimos para la Iglesia. No podemos reincidir en antiguos errores. El sentido correcto de la advertencia de Cristo es que no somos ya esclavos del Mal, sino hijos del Bien aunque vivamos instalados todavía dentro de la esfera de influencia de aquel Mal. Hecha esta precisión, es obligatorio decir que los cristianos estamos en el mundo y **somos del mundo**.

El mundo de los hombres y el de Dios no son dos mundos antagónicos, ni siquiera diferentes; y mucho menos desde que los hombres tenemos a Dios por hermano primogénito en Cristo Jesús. Entre esos dos mundos existe un constante riesgo de ruptura, pero están abiertas todas las posibilidades a la armonía.

A favor del hombre

¿Cómo concretar este "servicio desde dentro" a la humanidad hoy? En primer lugar, **respetando íntegra la profanidad de lo profano**. La Iglesia como tal, en virtud de su misión superior, no tiene competencia directa en la construcción de este mundo; indirectamente y a posteriori sí, por ser árbitro supremo de toda realización humana. Pero todos los miembros de la Iglesia, como ciudadanos del mundo y cada uno según su

propia vocación, debemos ser obreros esforzados de lo profano al servicio de la promoción integral del hombre.

Ya pasaron los tiempos en que ciertos sectores cristianos miraban todavía con algún recelo al progreso técnico y cultural. El progreso material y científico, en sí, es un valor neutro. Cuando está orientado a la **promoción integral del hombre** es un valor enormemente positivo en su profanidad. Nuestra actitud, pues, no puede ser nunca ni ausencia recelosa ni afán sacralizador de conquista; simplemente, humilde y entusiasta colaboración a la obra común de todos los hombres.

El cristiano, eso sí, debe vivir atento para que las tareas profanas, a las que aporta su colaboración, se vayan estructurando según una recta categoría de valores. En concreto, debe velar, siempre y en todo, por la prevalencia del hombre. Los derechos de la persona humana deben presidir, como un principio absoluto, toda su actividad creadora. No precisamente los derechos de una persona o de un grupo de personas, sino los derechos de todas las personas.

La antropología cristiana, con su casi sacral respeto por el hombre, puede y debe prestar un servicio formidable a la humanidad y a nuestra civilización. Nuestro mundo corre un riesgo evidente de marginar al hombre, dejándolo atado a las mil esclavitudes que impone la promoción abusiva de la materia o el egoísmo de unos cuantos prepotentes. Mientras el hombre no progresa en conciencia y en libertad, cualquier progreso es un regreso.

El cristiano debe estar en vanguardia a la hora de hacer evolucionar o revolucionar estructuras profanas provocadoras de masificación despersonalizadora, injusticia o discriminación entre los hombres. La elección de las estructuras concretas más aptas para promover el desarrollo justo e integral de la persona, así como la exclusión de las menos aptas debe quedar a la libre opción de cada cristiano, sin involucrar en su decisión a la Iglesia como tal, que no puede comprometerse con ninguna estructura profana concreta sin grave riesgo de comprometer, al mismo tiempo, su competencia superior.

Humanismo insuficiente

Al llegar aquí es preciso hacerse una pregunta: una sociedad humana plenamente realizada en función de la persona ¿responde adecuadamente a los ideales cristianos?

No, ciertamente, no. Con todo, me apresuro a añadir, dialécticamente, que en lo fundamental, sí. En primer lugar, porque el desarrollo completo de la persona y de la sociedad en función de la persona, el humanismo integral, incluye una esencial referencia a Dios. En segundo lugar —otra manera de expresar lo mismo— porque hoy es el hombre más deficitario quizás de fe en sí mismo que de fe en Dios. Y, naturalmente, el hombre alienado no tiene capacidad psicológica de Dios.

Se podría quizás decir que el ateísmo moderno es mucho más la **duda del hombre sobre sí mismo** y sobre su obra peligrosamente deshumanizante que sobre Dios. En este sentido, pienso que el ateísmo "difuso" de nuestra civilización contemporánea es un fenómeno interesantísimo y, desde luego, más positivo que negativo. Sería algo así como un desesperado esfuerzo de autocrítica y de desalienación. Es cierto que esta auto-

crítica feroz le lleva al hombre, en un primer momento, a despojarse con desenfado del influjo asfixiante de tantos falsos dioses como le han rodeado en su vida. Pero, con ello y quizás sin caer en la cuenta, presta un gran servicio al Dios verdadero.

Evangelio integral

Pero vuelve la objeción con fuerza: en ese "nuevo" humanismo cristiano —tal como queda esbozado— ¿qué lugar ocupan las bienaventuranzas, el sufrimiento voluntario hasta la muerte, la pobreza evangélica, la vocación universal a vivir de la vida misma de Dios, etc., etc.?

En una primera aproximación a la respuesta correcta, insistiré, todavía una vez, en que el mensaje sobrenatural del Evangelio trasciende evidentemente todas las tareas de la sociedad terrestre, pero sin rupturas ni estridencias. Esta insistencia es necesaria porque pienso que, si el mundo actual corre hacia una paganización progresiva, no es precisamente porque no se le haya hablado de Dios, sino porque quizás no se le ha enseñado suficientemente que el Dios "de las alturas" está también en la base de todas las cosas.

El Evangelio no rompe con el mundo. Rompe únicamente con el egoísmo de quienes pretenden construir la vida marginando el amor. El Evangelio se limita a enseñar a los hombres que la verdad, la clave maestra de la vida, la salvación de los hombres y de las sociedades humanas está únicamente en el amor universal a Dios y a los demás. Todas las verdades evangélicas son reducibles a la única verdad del amor. Cristo y la Iglesia son el sacramento, el signo eficaz para el mundo, de ese Amor que —por otra parte— es el constitutivo esencial de Dios mismo.

Así, pues, es obvio que no hay humanismo cristiano sin la vivencia de una fe cristiana integral. Es evidente también que esa fe va mucho más allá de la mera edificación de una sociedad terrena. Más aún. Todo cristiano, por ser "luz" y "sal", tiene estricta obligación de proyectarse como cristiano hacia el mundo profano. Dejaría de prestar a la humanidad el más importante de los servicios.

Esta proyección cristiana, apostólica, sobre el mundo ha de evitar dos riesgos, dos equivocaciones fundamentales. La primera equivocación tiene por causa un deseo inmaduro de querer quemar etapas y consiste en la pretensión equivocada de forzar, como desde fuera, la sacralización de las estructuras profanas. Esta actitud apostólica es simplemente incorrecta y muy poco cristiana. Por otra parte, el efecto normal de esa sacralización abusiva suele ser una mayor des-sacralización, a corto o a largo plazo.

La segunda equivocación, emparentada con la anterior, consiste en proyectarse cristianamente sobre el mundo con criterios de mera eficacia humana e incluso con métodos que atentan contra el contenido mismo del mensaje proyectado. Por eso tiene que quedar definitivamente descartada toda forma de conquista, de proselitismo y de imposición. La fe es esencialmente una respuesta libre. No podemos tampoco perder de vista que nuestra proyección cristiana es sólo un condicionamiento (normalmente necesario en los planes de Dios) para que Dios mismo inaugure y acreciente la fe en otros hombres. La eficacia de la fe en unos hombres no puede ser programada por otros hombres. Al cristiano le corresponde vivir del Amor y lanzar, con toda humildad, a los demás hombres la

invitación a una vida semejante. La respuesta a esa invitación es sólo Gracia de Dios.

Diálogo y gestos cristianos

Nuestra proyección apostólica hoy se llama diálogo. Hay infinitas formas de dialogar cristianamente con el mundo y cada uno debe emplear las más acomodadas a las circunstancias y a su respectiva vocación dentro de la Iglesia. Unas veces el diálogo se realiza a través de la palabra hablada: es la predicación propiamente dicha, la conversación, el comentario, la sugerencia. Otras veces el diálogo (sobre todo en medios reacios a la palabra cristiana) se convertirá en gesto mudo y es quizás la más acomodada a los hombres de nuestro tiempo, tan escépticos ante las palabras y tan atraídos por los gestos comprometidos. Gesto comprometido es la presencia en una mina de un sacerdote obrero, la renuncia voluntaria de un profesional a parte de unos bienes legítimamente adquiridos, el abrazo emocionado de Paulo VI y Atenágoras, la renuncia de un Cardenal a su cardenalato para vivir como simple sacerdote entre los leprosos de Africa... y tantos y tantos cristianos anónimos.

Estoy convencido, finalmente, de que, ante determinadas estructuras profanas, la única opción válida del amor cristiano habrá de ser un gesto de rebeldía o de ruptura. En todo caso, nuestros gestos deben atestiguar que nos esforzamos por situar las cosas humanas a la luz de Dios, a la luz del Amor.

El gesto no es política, ni es la mueca teatral de una doctrina desencarnada, sino verdad y vida. El gesto cristiano, mudo muchas veces, es la mejor invitación al diálogo entre Dios y los demás hombres, el mayor incentivo para entrar a formar parte del grupo de hombres que, por vivir de Dios, viven haciendo gestos incomprensibles y "escandalosos".

El inconformismo se llama amor

Por lo dicho anteriormente (y por lo no dicho) tengo que terminar confesando que cada vez crece más mi escepticismo ante las grandes organizaciones católicas de apostolado si éstas aspiran a ser mucho más que una célula especializada de formación y de vida cristiana. El mundo no necesita grandes "despliegues de fuerza" cristiana, sino la presencia humilde de cristianos que trabajan activamente en la creación y progreso de estructuras profanas justas y que testimonian, en ese trabajo y en su vida toda, un principio superior de Amor. Ese amor se diversificará en gestos varios, pero todos los gestos de amor —en la Iglesia y también fuera de la Iglesia— son sacramentos de un único Dios verdadero.

Posiblemente, alguien interprete mis esquemáticos puntos de vista anteriores como poco radicales, poco agresivos, demasiado contemporalizadores y "mundanos". Es posible también que alguien piense todo lo contrario. Ciertamente, he pretendido ser integrador, pero sólo porque creo que hay que serlo. La "trascendencia" y la "encarnación" son dos polos en tensión de una misma y única tarea cristiana.

Junto a eso, soy de los que piensan que no nos es lícito cromatizar nuestra "luz" ni endulzar nuestra "sal". Hay que desechar los correctivos prudenciales del Evangelio. Pero también dudo que exista hoy una forma mejor de ser inconformista que la de amar mucho, siempre y a todos.